

DARSE UN TIEMPO (Y OTRAS MENTIRAS)

Una novela de **DANI DE LA ORDEN**



CROSS
BOOKS

Un libro de Dani de la Orden

Darse un tiempo (y otras mentiras)



DESTINO, 2021
Editado por Editorial Planeta, S.A.
www.planetadelibros.com

© del texto: Dani de la Orden, 2021
© de la ilustración de cubierta: Marc Pallarès, 2021

© Editorial Planeta S. A., 2021
Ayda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: marzo de 2021
ISBN: 978-84-08-23707-5
Depósito legal: B. 2.438-2021
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Unos 1.460 días con Sara

«Yo solo quería ver *Love Actually*. Otra vez. Esto no debería haber llegado hasta aquí», pienso.

De la primera llamada de Sara para ver si quedábamos para ir a una exposición, que apetece más decir que has ido que verla, a la situación tensa e incómoda que se está produciendo en el salón de mi casa, entre estos dos puntos, hay una brecha importante.

No quería pasarme un domingo deambulando por un centro cultural sujetando un folleto. Quería ver *Love Actually*. Otra vez.

Quería volver a ver *Love Actually* para disfrutar de su romanticismo sin tapujos, de sus tramas fáciles y su emotividad básica. Me apetecía ver cómo a veces un ridículo baile en solitario es la mejor forma de canalizar un triunfo, cómo nunca es tarde para una declaración de amor desafortunada con carteles («Tú, para mí, eres perfecta») o simplemente quería ver la mejor carrera en el aeropuerto posible...

—Vale. Pues me acerco entonces y la vemos —me dijo Sara.

«Me acerco entonces y la vemos», incluyéndose en un plan que ni siquiera se le había propuesto.

«Me acerco entonces y la vemos», quedando yo como el recluso dominical en zapatillas que hace pasar a su novia el finde en casa, siendo el insulso de la pareja.

El «me acerco entonces y la vemos» lo empezaba a prever peor que la resaca que tenía por el alcohol de la noche anterior. Visualizaba ya la estampa de un sofá y una manta prevenida viendo por enésima vez una peli ya más que manida, más que comentada, más que vista, pero que adoro. Lo que en solitario me parecía el mejor plan, juntos me trasladaba a algo donde la desidia, el hastío y la monotonía eran palabras que encajaban en esa imagen que se me formaba en la mente: el reflejo en el televisor de una pareja en horas bajas, pese a nuestra temprana edad, cerca de los 30. En horas bajas pese a los pocos años que llevábamos saliendo, que no llegaban a 4.

Y seguramente en horas bajas porque lo creía yo.

Pero si Sara estaba viniendo, cediendo su plan cultural por una triste peli de domingo en el sofá, ella no debía de ver ninguna hora baja. Ni debía de sentir ningún hastío ni ningún problema en la relación.

Solo yo. Parecía ser.

Pero fuera como fuera, yo solo quería ver *Love Actually*, y no acabar teniendo que bajar el volumen de la tele debido a la discusión que se había iniciado minutos atrás a partir de un comentario desafortunado, lanzado sin ser consciente de lo que iba a suceder.

«Necesito más espacio», dije.

Y ahora, después de emitir decenas de frases parecidas a la anterior, en las que palabras como «agobio», «independencia», «tiempo y espacio» se repiten y resuenan en oraciones con difícil solución, Sara está procesando la situación que yo he iniciado, que yo he dinamitado destrozando el aparentemente calmado momento conducido por una película romántica que ya iba por el minuto 30. Y pese a que

nuestro reflejo estaba por encima de las imágenes que aparecían en la pantalla, estábamos muy lejos de la épica y del romanticismo que tenían esos personajes. De hecho, nuestro primer encuentro casual nunca merecería estar en ninguna comedia romántica, y mucho menos podría llegar a ser como una de las historias que estaban sucediendo en paralelo a esta en el televisor. Ni las cenas varias, ni el primer sexo pasional pero distante, ni las citas de después con el «Invito yo y a la próxima, tú» que aseguraba una continuación, ni el cine con el «Iba a ir solo, pero si quieres unirte...», ni las fiestas fortuitas, ni los primeros despertares juntos, al principio desde la incomodidad para poco a poco acabar aceptando el beso de buenos días en el que ni el mal aliento ni la sequedad de la boca parecen importar; nada de eso merecía ser plasmado en una historia de amor.

Pero pese a no merecer una ficción propia, en nuestras cabezas la dopamina que el cerebro generaba estaba funcionando sin freno alguno para finalmente llegar a ese punto donde se cedía y se aceptaba en caída libre el reconocer que sí, que nos estábamos enamorando.

Enamorados o no, todo eso formó mi relación con Sara. Hasta hoy. Hasta ahora.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? —me pregunta ella, sacándome de la nube en la que me encontraba.

—¿Cómo?

—«Creo que nos tendríamos que dar un tiempo», ¿y ya está?

Hasta ahí habíamos llegado. Hasta ahí se había desarrollado todo, partiendo del «Me acerco entonces y la vemos».

En poco menos de 6 horas, habíamos pasado de ser una pareja sin aparentemente ningún conflicto a ser dos personajes frente a un televisor que por primera vez habían pasado de la identidad total a conocerse mucho menos, a distanciar-

se en pocos segundos, en pocos minutos. Como si ambos hubiéramos empezado una carrera en direcciones opuestas, habiendo sido mi demoledora frase el pistoletazo de salida.

Esa distancia que seguramente era la que sucedía en los matrimonios venidos a menos de una manera ya extrema y difícil de disimular.

La que seguramente mis padres habían llevado al extremo, conduciéndome a preguntarme cómo esos dos habían acabado juntos.

Quizá nosotros habíamos empezado a recorrer los primeros metros de una carrera que seguramente finalizaría esa misma tarde de domingo.

—Hace días que no estoy bien, discúlpame —contesto, sin saber muy bien cómo continuar.

—¿Quieres dejarlo? —insiste, buscando una respuesta rápida y verídica.

—No, o sea, sí —¿Sí? ¿Estoy afirmando esto? La cosa se está complicando. Retrocede—. Bueno, no sé.

Mucho mejor.

—Explícate, por favor...

Mierda.

Ni yo mismo sabía las razones que me impulsaron a decidir que aquello tenía que terminar o quedarse en *pause*. Una aparentemente inocente reflexión fruto del «me acerco entonces y la vemos» sobre que me estaba agobiando de pasar tanto tiempo juntos, de no poder disfrutar de un domingo a solas y de tener que compartir, por pura dinámica de pareja, tanto tiempo con ella me había llevado finalmente a pensar que no estaba bien con Sara y que necesitaba «un tiempo».

Pero en este momento, ahora, lo estoy explicando de manera distinta y mucho más confusa, y Sara hace esfuerzos para coger algo con un mínimo sentido dentro de tanta diva-

gación. Empiezo con una base de cliché para edificar toda mi argumentación:

«Todo esto va muy rápido.»

«Somos una pareja demasiado madura.»

«Yo ahora no quiero tener esto.»

—¿Demasiado madura? —contesta ella—. Nos vemos dos veces por semana, máximo tres, porque si no, dices que te agobias; tengo que ser siempre yo la que venga a tu piso. Después de cuatro años solo hemos hecho dos viajes de pareja y en ningún momento se ha planteado el tema de vivir juntos o algo parecido, y no me hagas hablar de presentarnos a los padres, porque tú conoces al mío de pura casualidad, aquel día que nos lo cruzamos en el Fnac.

Le respondo con una pausa que solo hace encarrilar a peor ese momento. Ella sigue:

—Quieres dejarlo —afirma dibujando una pregunta de la que prefiere no conocer la respuesta.

—No podemos ir tan rápido —contesto—. Simplemente creo que todo esto está yendo muy deprisa, y me siento culpable cuando me propones vernos y yo prefiero quedar con mis amigos.

—¿Te digo algo? Si me lo preguntaras te respondería «Queda, ya nos vemos mañana».

—Pero tú quieres verme esa noche...

—Pero puedo esperar al día siguiente —contesta de una manera obvia—. ¿Acaso tengo que reprimir lo que quiero?

—Ya, pero ¿y si al día siguiente yo prefiero quedarme en casa viendo cualquier peli?

—¿No la podemos ver juntos?

—Sí, pero entonces ya me estás determinando el día, como ha pasado hoy.

—Es decir, que prefieres no verme.

—Claro —contesto, de una manera demasiado automática.

Sara en ese momento emite un silencio que dura más segundos de los necesarios.

—¿No crees que habríamos acabado antes si me dijeras que ya no estás enamorado de mí, David?

No creo que tenga razón. Y dudo que lo crea nunca. Basar la ruptura en desenamorarse de alguien me parece demasiado simple para tirar por la borda tres años y pico de relación.

—No es eso, Sara...

—¿Entonces? —pregunta, ávida de algo más concreto.

—Creo que necesito estar solo, y ya..., necesito tiempo.

—No lo tienes claro, ¿verdad?

—No —respondo de una manera bastante tímida y avergonzada.

Después, Sara deja vagar la mirada mientras entreveo que mentalmente prepara lo que dirá a continuación. Veo en su cara y en sus ojos una mezcla de tristeza y desconcierto, pero enterrados por un orgullo y dignidad que van en aumento. Su posición se empieza a erguir más, hace un enjague rápido de una lágrima que espera pasar de incógnito y deja ir un suspiro, como si con esa exhalación ya me hubiera dado por perdido.

Después de todo esto habla.

—Yo no quiero estar con alguien que no lo tiene claro, David, quiero a alguien que cuando me vea, aunque sepa que existen mujeres más increíbles en un radio de un kilómetro, esté convencido de que tiene a la mejor delante, que se autoengañe y sea feliz así.

Después de ese momento no sé qué decir, así que decido esperar.

—Quiero dejarlo —dice ella después de un largo silencio, como si lo hubiera utilizado para coger carrerilla y tener fuerzas para emitir esa frase.

—¿Cómo?

—Que no quiero seguir contigo, David. Lo siento.

—Pero, Sara, si te estaba dejando yo.

—Ya, pero he dado un... ¿cómo lo llamas tú, cuando hablas de un giro de guion?

—*Twist*.

—Eso, he hecho un *twist*. No quiero estar con un chico que duda sobre si quiere seguir conmigo, que solo sabe hablar de cine y que argumenta que vamos «demasiado rápido» cuando el máximo compromiso que tengo con él es mi cepillo de dientes en su baño.

—¿Os importa que salga? Me estoy meando.

De repente, la voz de Marcos, mi compañero de piso, sueña a través de la puerta de su habitación, que da al salón. Pocos segundos después emerge de su cuarto, con su perro, en calzoncillos y con una camiseta de tirantes, entrometiéndose en esa ruptura fuera de toda lógica.

Vivo con Marcos y su perro desde hace dos años, y esta es la discusión número 25 que soporta en nuestra casa, y por enésima vez se ha tenido que atrincherar en su cuarto para dejarnos intimidad en el salón. Pero a veces se ve obligado a salir, como ahora, con la excusa de que quiere ir al baño.

—Perdonad, seguid por donde ibais. No sé qué de necesitar tiempo, por si habéis perdido el hilo.

—Lo siento, Marcos —se disculpa ella.

—Yo te perdono, pero mi vejiga no; llevo meándome desde antes de que David dijera lo de... ¿qué era?

—Darse un tiempo —contesto avergonzado.

—¡Eso! A ver..., tendrá defectos, pero en originalidad se queda a gusto, ¿eh? —ironiza.

—Perdona por obligarte a recluirte en tu cuarto otra vez —dice ella.

Me sorprendo de la tranquilidad de Sara en medio de

una ruptura, capaz de hablarle de una manera tan afable a Marcos.

—No te preocupes, guapa, ¿todo bien? —dice Marcos a Sara, con una cordialidad totalmente ajena a la discusión que está teniendo lugar en el salón.

—Sí, aquí, dejándolo con David.

—También te digo que ya era hora.

—Marcos, tío, ¿qué quieres? —le suelto, seco y conciso.

—Nada, solo interrumpir vuestra ruptura, que, por cierto, estaba ya más que cantada, y coger una botella de agua, los ambientes tensos me dan sed.

—Me olvidé de comprar agua, tío —le informo.

—No pasa nada, ¿cojo del grifo o de vuestras lágrimas? Vale, ahí me he pasado un poco. Pero ¿ves? Por eso es mejor no empezar nada con nadie.

—Te ahorras lo peor realmente. Por cierto, ¿cómo te va con esa de Psicología? —le pregunta Sara, curiosa, obviando la discusión que estamos teniendo.

—Descubrí que nací sin subconsciente, que no había nada más que lo que tenía en la superficie y dejamos de vernos.

—Lo siento.

—Yo por ti también, querida. Te abrazo luego, ¿vale? —comenta mientras se pierde su voz por el pasillo de la casa y puedo ver cómo desprende cinismo e ironía cada palabra que suelta.

—Sara, ¿qué quiere decir que me dejas?

—Pues eso, que estoy harta de luchar por ser una pareja feliz y me he dado cuenta de que no has puesto ni esto de tu parte. —Coloca la mano delante de mis ojos, indicando con el dedo índice y pulgar una cantidad muy pequeña—. Ni esto para que lo nuestro sea algo más. Así que prefiero dejar-

lo —comenta mientras coge su abrigo y se lo coloca dando una ventada que me llega como lo último personal que tendré de ella.

—Pero, Sara, no te vayas ahora, ¡podemos hablar!

—¿Hablar? David, llevo toda la tarde escuchando excusas y justificaciones que me conducen a la misma conclusión: no me mereces, así de claro te lo digo.

—Deja que me aclare nada más.

—Ya hablaremos, David.

—Pero entonces ¿lo dejamos o no? —Únicamente quiero tener las cosas claras.

—Hace cinco minutos me decías que querías dejarlo, que esto iba muy rápido, y en el momento en que te pongo las cosas fáciles, me retienes —me espeta cogiendo ya su última pertenencia, haciendo que nada la retenga.

—Sara, no te vayas así.

Se detiene, suelta un suspiro dejando entender que me da una tregua de pocos segundos, y guarda silencio.

—Simplemente necesito aclararme, ¿vale?, ya está.

Sara deja ir una sonrisa, como para permitirme entrever que esperaba algo más que esa frase de mierda. Una sonrisa que acompaña con un suspiro solo significa una cosa: decepción.

Me mira fijamente, me coloca sus suaves manos en las mejillas, acariciándolas, y me besa. Me besa con amor, con despedida, me besa lo suficientemente bien para que me empalme. Me besa sabiendo lo que ese beso, más húmedo y más carnoso de lo habitual, me provoca. Me besa sabiendo que lo detendrá cuando ella quiera.

Lo tiene claro.

Nada de polvo de despedida ni nada por el estilo. Ella ahora controla la situación y no dejará que la libido gane y contamine ese momento áspero, seco pero lúcido. Demasia-

do lúcido. Y el beso sigue. La lengua empieza a ser un añadido progresivo, jugando lo justo y necesario... Joder, qué bien besa Sara.

Termina, se queda mirándome con los ojos vidriosos y me suelta las dos palabras que se me quedarán grabadas: «Adiós, David». Pero no me las creo. Sé que nos volveremos a ver, sé que eso no es una despedida, pero de alguna manera también sé que una etapa acaba para empezar otra. Desconozco si soy soltero o no. Siento que me encuentro en un limbo perfecto, en ese estado donde se entremezcla una confusa relación con un cierto libertinaje.

—¿Nos damos un tiempo? —le pregunto cobarde.

Sara me mira, llorosa sin decir nada. Le vuelvo a preguntar buscando un punto medio a la situación que anticipo, a la posible ruptura. Me aferro a una especie de final feliz garantizado. Pido «darnos un tiempo» sabiendo que eso me otorga una ambigüedad emocional, que es lo que necesito en ese momento.

—Démonos un tiempo, Sara —le digo con un tono casi imperativo camuflado de súplica.

Ella se va, me deja solo en el salón con la mejor comedia romántica de todos los tiempos avanzando en paralelo, y oigo cómo se despide de Marcos y de *Optimus*, su estúpido perro que únicamente aprendió a sentarse después de pagar trescientos euros a un adiestrador. «No da para más», le dijeron.

Sara y Marcos hablan unos pocos minutos en la cocina. Distingo algunas preguntas de cortesía sobre el último ligue de Marcos (la psicóloga que comentaban antes) y llegan al «Ya nos veremos» y el «Eso espero» seguido de dos sonidos oclusivos de besos en mejilla y mejilla. Vuelve a aparecer la silueta de Sara en el pasillo, se aleja y pierdo de vista su figura en el recibidor. Un sonido de puerta que se abre y se cierra culmina el momento.

Me asomo a la ventana para espiarla los pocos segundos que permanece a la vista. Solo la veo de espaldas, cómo camina y cómo desliza sus manos por debajo de los ojos, como si quisiera disimular las lágrimas. Deseo que se gire, o que se detenga y vuelva, pero no lo hace. Al doblar la esquina la pierdo.

Pero no para siempre.

O eso espero, nos estamos dando un tiempo.

Mi compañero de piso llena el silencio del salón y hace que aparte la vista de la ventana.

—¿Cómo ha ido? —comenta mientras parece estar más concentrado en rescatar la magdalena ahogada en el café con la cuchara.

—Creo que me he quedado soltero, Marcos —le contesto.

—Bueno, estaba cantado, no estabas enamorado de ella.

—¿Perdona? Tampoco es eso. No simplifiques.

—Sara me cae bien, y por eso creo que lo último que necesita es una persona que se encuentra en el momento en el que te encuentras tú.

—Y ¿cuál es ese momento?

—No lo sé, solo pretendo aparentar que te estoy dando consejos de amigo útiles, pero no sé ni por dónde empezar.

Se me escapa una sonrisa; aunque es incapaz de consolarme cuando más lo necesito, su amargo sentido del humor lo expía de cualquier situación.

—Creo que me voy al cine —comento.

—De acuerdo... —me contesta mientras ve cómo todas las acciones me llevan hasta la puerta, para salir del piso.

A punto de marcharme su voz al final del pasillo me retiene.

—David... —me dice con un cierto tono reservado, tímido, hablando más bajo.

—¿Sí? —contesto desde el final del largo pasillo que une la entrada con el salón.

—Que me da pena, tío, Sara es de puta madre, pero creo que tarde o temprano tenía que pasar.

—Ya... —«Ciertamente Sara es de puta madre», pienso.

Si se diera la situación de *Algo para recordar* y un locutor de radio me preguntara las virtudes de mi pareja (en el caso de la película, muerta...), contestaría lo mismo que su protagonista, Tom Hanks: «¿Cuánto dura su programa?».

Tendría el mismo romanticismo devastador por Sara. Porque, como bien acaba de resumir Marcos, es de puta madre.

Cierro de un portazo, despreocupándome del sonido que se esparce por toda la escalera. Oigo una última frase tapiada por las paredes que nos separan: «¡Compra leche!», grita Marcos, esperanzado de que oiga su desesperado mensaje para poder tomar el café de buena mañana.

Ando cabizbajo, haciendo el mismo recorrido que Sara, deseando encontrármela en la primera esquina.

En poco más de un minuto estoy en el cine a tiempo para la sesión de las ocho. Saludo a la taquillera, Helena. Su belleza, su simpatía y, en definitiva, todo lo que hace que tenga una atracción platónica hacia ella pasan totalmente desapercibidos. Mientras le pido una entrada para una de las peores películas de Spielberg, que no citaré,¹ me viene a la cabeza el duro hecho de que en estos cuatro años he visto más veces a la taquillera del cine que a Sara. Me siento lo suficiente culpable como para no levantar la mirada esta tarde, avergonzado.

—¿Pasillo, fila 7? —me pregunta sonriendo.

—Bien —contesto conciso.

Helena me da la entrada sin decir nada más, la acción termina con una sonrisa y una mirada fija hacia mí.

1. *Mi amigo el gigante*.

—Que la disfrutes —me dice dulce, a lo que yo no tengo otra respuesta que una sonrisa amable y cordial.

Entro en la sala, y al empezar los anuncios veo que quedan todavía diez minutos de publicidad antes de que se apaguen las luces. Al cabo de poco recibo un mensaje de Sara; leerlo ahora significaría ver la película en un determinado estado anímico; ¿mejor o peor? No lo sabré hasta leerlo.

Las luces se apagan.

La película empieza a la vez que, seguramente, *Love Actually*, que se ha quedado solitaria en la tele, debe de estar terminando.

La iluminación del desbloqueo del móvil crea un solitario punto de luz en una sala oscura inmensa.

Tampoco es que mirase el teléfono únicamente para saber si ella me había escrito algo. Simplemente era un acto reflejo de cualquier persona cuando ve que tiene ante sí una sucesión de segundos, minutos, en los cuales no tiene nada que hacer, solo esperar. Esas microcápsulas de tiempo las decidimos rellenar mirando el móvil, en vez de descansar los ojos, la cabeza, la mente.

No es que fuera lo primero que me apeteciera leer en ese momento. El mensaje que Sara me había enviado justo antes de que empezara la película no estaba en mis prioridades, y la verdad es que podía elegir entre otras conversaciones que todavía llevaban la señal de no leídas.

Entre ellas estaba mi madre, que seguramente me hubiese enviado alguna frase lamentando su soledad en la sesentena ya repetida hasta la saciedad, seis años después de separarse.

También tenía un mensaje de mi padre, que al ser domingo supongo que sería la pregunta de qué película puede ir a ver, ya que antes de la separación era mi madre la que llevaba la intendencia cinematográfica.

Había otra de la propietaria del local donde tenía mi videoclub, preguntándome por enésima vez si podía hacer frente a la subida de alquiler, y que ya llevaba días perdida en la falta de respuesta.

Esas eran las alternativas que tenía para rellenar esos segundos antes de que empezara la película. Y encima de todos estos mensajes pendientes, descansaba uno de Sara, enviado pocos minutos atrás.

Sería de agradecer algún otro más estimulante, quizá el de un productor entusiasmado con el guion que le envié la semana pasada, o que un director me encargara escribir una comedia romántica siguiendo el estilo de, por ejemplo, *500 días juntos*. Por decir algo. Pero no, lo más estimulante que descansaba en esa pantalla no dejaba de ser el de mi novia, o bien mi ex.

Y ahora te pido por favor que no vuelvas a hacer lo de siempre: salir, ver que estás de puta madre un tiempo, pero al cabo de unos días volver a llamarme porque me echas de menos, esta vez no, por favor, David. Un beso y cuídate.

Esto ha dolido. Lo del «beso y cuídate». Creo que significa mucho más «adiós» que un adiós normal. Pero se ha dicho «Démonos un tiempo». No ha dicho que no. Ha sonreído. Ha aceptado. De una manera u otra, reanudaremos la historia en algún momento. Entre medias, ahora mismo, todo es posible, y la sonrisa de la taquillera, afable, directa, especial, me lo ejemplifica. Todo puede suceder en mi primer día sin Sara. Todo puede suceder al darse un tiempo.